

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION DE CHILE
SEÑOR RICARDO LAGOS ESCOBAR
ANTE LA 26a CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO

17 Octubre de 1991.

La invocación a una participación creciente de los chilenos en los asuntos educacionales no tendría mayor eco, si no se abriese paso a la convicción que actualmente la educación está ocupando un nuevo espacio en la vida pública. Ha dejado de ser meramente un derecho individual o un consumo. Claramente, la educación es hoy día un requisito central del desarrollo.

Nuestros sistemas educativos, en América Latina, están desafiados por la inminencia del ingreso al siglo XXI, con toda su perspectiva de alucinante desarrollo científico-tecnológico. Pero también y de manera más real que simbólica, están interpelados a acompañar el proceso de transformación productiva con equidad, lo que constituye la única estrategia capaz de sacarnos de las consecuencias de la crisis de los ochenta y de proyectarnos en una economía mundial en cambio acelerado.

Está claro que en las nuevas condiciones del mercado internacional, sólo compiten exitosamente aquellos países o grupos de países que logran incorporar "valor agregado" a su producción. Ya pasó el tiempo de la simple elaboración y venta de materias primas. Hoy día, y con mayor razón en el futuro cercano, sólo se compite ventajosamente si se incorpora

"conocimiento" a la producción; es decir, si se agrega complejidad científico-tecnológica a las materias extraídas de la naturaleza. Pero también es indispensable la incorporación de "creatividad", de respuestas originales a los desafíos de un mercado cada vez más cambiante.

"Conocimiento" y "creatividad" no son ya el fruto del genio de pequeñas minorías. En las nuevas condiciones del desarrollo científico y tecnológico y en el contexto político democrático es la población en su conjunto y especialmente sus amplias capas de empresarios, profesionales y trabajadores, la que tiene que acceder al moderno conocimiento y desplegar las aptitudes, habilidades y actitudes consonantes con la transformación productiva con equidad. Todo ello implica educación y un nuevo impulso al desarrollo de una capacidad científico-tecnológica propia.

Es lo que están demostrando los países desarrollados. En los antiguos países desarrollados la gran preocupación pública está radicando en la posibilidad que sus sistemas educativos se estén quedando atrás en proveer ciencia, creatividad y espíritu competitivo. En los nuevos países, la gran preocupación es como modernizar su educación aún más, como ponerla o mantenerla a la par de las grandes potencias tradicionales. La educación para el desarrollo ha pasado a ser tema político y económico de primer rango. A ella se refieren central y cada vez más frecuentemente

los grandes líderes mundiales de la esfera política, de la esfera económica y obviamente de la esfera intelectual.

Pero nosotros estamos también desafiados por otro imperativo: el del mejoramiento de la calidad de vida en su más amplia acepción. El desarrollo no la produce si no es desarrollo ecológicamente sustentable, que respeta en vez de lesionar el equilibrio ecológico. El desarrollo no tiene sentido ni se justifica si no crea condiciones de vida más humanas, si no genera espacios para una libertad responsable y gozada por todos, si no lleva equidad y solidaridad. En suma, en América Latina y en Chile queremos un desarrollo que cimente una cultura de la vida y del humanismo. Todo ello requiere una transformación educacional que no será posible sin la participación de todos.

Señor Presidente:

El nuevo escenario mundial, al que me refería inicialmente, tiene implicancias educacionales. Los sistemas educativos han estado al servicio de las respectivas naciones y a menudo han sido factores decisivos de su integración social, étnica y cultural. En nuestros países todavía tienen que cumplir una tarea de ese tipo. Sin embargo, en una perspectiva más larga, en la de la mundialización de la economía y de relaciones internacionales multipolares, la responsabilidad de cada sistema educativo, científico y cultural para con sus respectiva nación tiende a

hacerse más compleja. Ya no se trata de hacer frente sólo a los tradicionales desafíos internos sino a desarrollar la capacidad competitiva y creativa del país y del bloque correspondiente, en un mercado cada vez más abierto. Se trata también de desarrollar la capacidad de acceso al mercado del conocimiento y la tecnología, aún más internacionalizado y en crecimiento aún más veertiginoso que el de la producción. Resulta difícil avizorar las consecuencias que ello tiene sobre los tradicionales modos de educar y de organizar la educación.